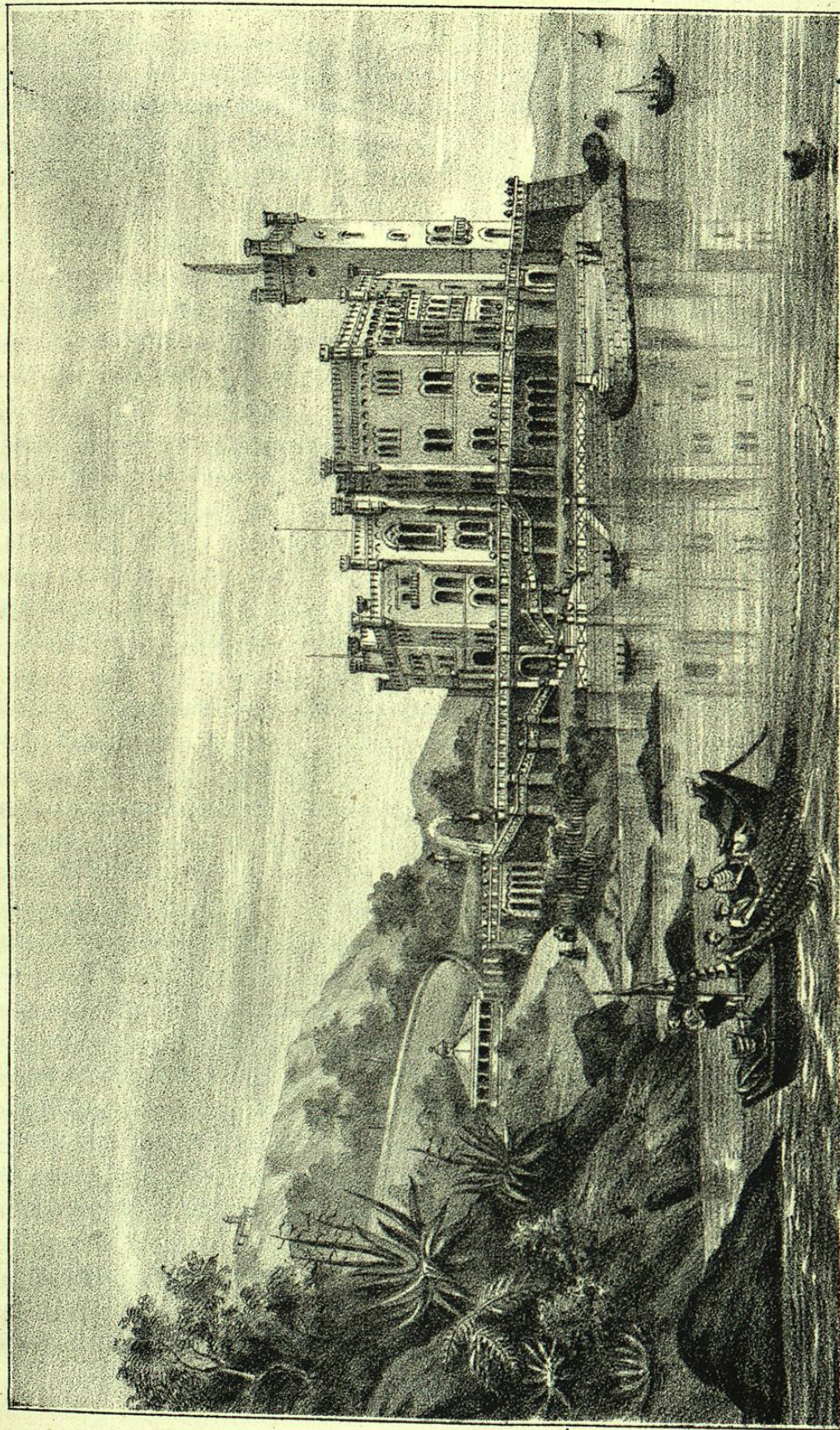


Aconsejaba Wyke á los comerciantes que se ampararan en la principal autoridad francesa y ante ella protestaran para que retirara su protección á la facción que había constituido una farsa de gobierno, cuya existencia ignoraba la mayor parte de la República, facción contrariada por la opinión general, puesto que solamente imperaba en dos ciudades sostenida por las bayonetas francesas. Wyke aseguraba que la legación española había dado á su cónsul en Veracruz las instrucciones necesarias, para que observara igual conducta á la que el mismo Wyke recomendara; y esperaba que los esfuerzos reunidos obligarían al comandante del puerto á dictar medidas que pusieran fin á abusos tan escandalosos.

Los intervencionistas publicaron en Orizaba un folleto titulado: "Ligero bosquejo de la actual situación de México," en el que hacían muchos cargos contra el orden de cosas aquí existente y en especial contra los individuos que constituían el gobierno, señalando el mal estado de los diversos ramos de la administración. También circularon otro impreso en Washington, titulado: "México, la Intervención y la Monarquía," atribuyendo la ruina del país á las ideas liberales y proponiendo como remedio los principios católicos y monárquicos. Para combatir esas publicaciones, además de lo escrito en los periódicos, se publicaron opúsculos de amplias dimensiones, uno de ellos redactado por Don Manuel Payno, en forma de carta al general Forey. También en París apareció el folleto intitulado: "Nuevas reflexiones sobre la cuestión franco-mexicana," en que se examinaba el asunto bajo todas sus faces y se deducía que en México se habían cometido mil iniquidades.

Al referir "Le Constitutionnel" los sucesos del cerro del Borrego, pintó con los más terribles colores la situación del gobierno mexicano: aseguraba que al general Zaragoza se le habían desertado más de doce mil soldados que se habían pasado á las fuerzas de Almonte; dijo que á las puertas de la capital dominaba el guerrillero Butrón y gran parte de la República se había pronunciado contra el gobierno de Juárez. Precisamente entonces marchaban para México dos mil soldados de Guadalajara; por Manzanillo entraban muchos fusiles procedentes de San Francisco California; Uruga era nombrado jefe del ejército del Interior y el Congreso de Chihuahua llamaba á las armas á todos los ciudadanos del Estado. Entre México y Perú era celebrado un tratado de amistad y comercio.

Algo alarmó la presencia en el Pacífico del buque francés "Bayonaise," que pretendía imponer en Mazatlán su voluntad al gobernador de Sinaloa; pero el Presidente Juárez no descansaba: dictó las disposiciones conducentes á aumentar el ejército y coleccionar recursos; impuso una contribución personal, calificando al gobernador del Distrito que lo era el general González Mendoza; pidió á los Estados ochocientos mil pesos y dió el nombre de división del Norte á las fuerzas que mandaba D. Ignacio Comonfort. El cabecilla Butrón era derrotado por el general Leyva en Santiago Tianguistengo; en Puebla era fusilado el cabecilla Montañó, y en muchas partes recibían golpes las gavillas reaccionarias. Por toda la República se agitaba la cuestión sobre el deber que tenían los conservadores de protestar contra la conducta de la Francia, pues permanecer en silencio, era convenir en la intervención.



*El Castillo de Miramar.*

Residencia habitual del príncipe Maximiliano de Hapsburgo, á corta distancia de la ciudad de Trieste. Allí fué recibida la comisión mexicana que ofreció al príncipe la corona imperial y el trono que la Intervención francesa levantó en México. Del primer empréstito que hizo el Imperio se dedicó una parte á la conclusión de ese castillo.



El segundo decreto expedido por Don Juan N. Almonte en Orizaba, el 4 de Junio de 1862, también en virtud de los amplios poderes que le concedió el plan de Córdoba, mandaba que todos los mexicanos que estaban en el uso de los derechos de ciudadanía, tuvieran obligación de aceptar y cumplir los empleos y comisiones que les confirieran el Jefe Supremo de la Nación ó los gobernadores de los departamentos en los límites de sus atribuciones. Consideraba las excusas y renuncias sin causas legítimas y justificadas, como delito de falta de afecto al gobierno y nuevo régimen establecidos y señalaba los casos legítimos de excusa ó renuncia. Los que sin motivo legítimo y justificado rehusaran aceptar ó cumplir con esos empleos ó comisiones, sufrirían la pena de destierro de seis meses á dos años, á juicio del Jefe Supremo ó de los gobernadores. Estos habían de dar cuenta al supremo gobierno, del uso que hicieran de los poderes que la ley les confería. El decreto estaba autorizado por el sub-secretario de Relaciones Exteriores y del Interior, Don Manuel Castellanos.

Almonte confiaba en los agentes que tenía en Europa; uno de los que con más actividad trabajaban allá por la prensa, en pro del cambio de instituciones en México, fué Don José Hidalgo, quien desde que ocupó el puesto de secretario de legación preparó el terreno para ello y habría querido que México volviera á la dominación española. Entre sus escritos se hizo notable, hasta causar sorpresa, una carta en que recorrió el velo de los trabajos en favor de la monarquía y del Príncipe Maximiliano; sus esfuerzos se dirigían á impulsar á la Francia en la obra emprendida contra México, considerada por el partido monarquista como un medio para llegar á sus fines. Revelar que la monarquía con el Príncipe Maximiliano era la esperanza de los refugiados mexicanos y de los miembros del partido reaccionario ó clerical en México, era un paso de tal magnitud, que no podía menos que haber causado profunda sensación; pues las opiniones de los conservadores, cuando se buscaban los motivos para proclamar al Archiduque Maximiliano Emperador de México, fueron: "que desde hacía cuarenta años este país había estado gobernado por bandidos, vagabundos é incendiarios."

En la mala situación en que quedaba el ejército francés, sirviéronle mucho los esfuerzos que hizo el capitán de navío Roze, que mandaba en Veracruz con un puñado de soldados decaídos por las calenturas y por las malas noticias que siempre abaten el ánimo; y aunque la llegada de Douay fué oportuna, no se podían adquirir las provisiones y faltaba el dinero, teniendo que cubrir el *prest* de la fuerza de Márquez, á la cual la comisaría francesa no quería proporcionarle recursos, hasta que intervino en ello Laurencez.

Este general y Douay, que seguían con ansiedad la marcha de los convoyes, hicieron partir para el Chiquihuite gran cantidad de mulas para ocuparlas en el transporte; pero el coronel Hennique no avanzaba más que dos leguas ó poco más por día; siguieron las recuas hasta Palo-Verde con porción de enfermos y con los carros, que exigían serias reparaciones. En seguida salió de Orizaba otra columna con cuatrocientas cincuenta mulas y ciento ocho carros; pero se encuentran que-



mado el puente de la Soledad y les es preciso vadear por el punto llamado de San Diego, donde se situó un destacamento y los zapadores se ocuparon en componer el paso. Al regresar no hacían más que legua y media ó dos cada día; atascábanse los carros hasta las mazas y se guardaban precauciones para evitar las sorpresas y los ataques que constantemente les daban las guerrillas. Tenían que avanzar con muchas precauciones: una vanguardia exploraba el camino á derecha é izquierda; registraba el bosque y las hondonadas del terreno, pues allí se emboscaban las guerrillas que saliendo de pronto, parecían brotadas por la tierra, ó se dispersaban si no se presentaba una ocasión propicia; era raro que en tales sitios no se encontrase una emboscada; por eso en cada barranquilla tenían que situar una sección de tropa, hasta que pasaba el último carro; procuraban que la distancia entre los carros no fuera mayor que de treinta á cuarenta pasos, y por tales motivos era siempre grande la lentitud con que caminaban los convoyes, que á pesar de las precauciones sufrían frecuentes ataques. También tenían que colocar guarniciones fortificadas para cuidar los puntos de interés como el de Paso del Macho. Pero sucedía que con la lentitud en la marcha del convoy, las tropas y los animales consumían una parte considerable de las provisiones, que al llegar á Orizaba ya iban disminuidas en más de la mitad y tenía el ejército que vivir con el día, sin poder Laurencez establecer los almacenes de reserva para un caso imprevisto. Fué necesario abandonar el transporte en carros y servirse solamente de mulas de carga en la parte que era inaccesible á los carruajes; pero faltaban acémilas y para dar las escoltas era indispensable disminuir las guarniciones del Chiquihuite, Orizaba y Córdoba, lo que se consideraba peligroso.

En esos momentos críticos sirvió mucho la llegada de refuerzos; el cuerpo de tropas, mandado por el general Brincourt, del primer regimiento de zuavos, desembarcó en Veracruz en Agosto, como vanguardia del ejército de veinticinco mil hombres que venía á las órdenes del general Forey y que Napoleón había hecho movilizar á toda prisa, temiendo que Laurencez estuviese en peligrosas condiciones. Entonces desembarcaron los Sres. Friant y Woll, el primero como director del servicio administrativo para el cual se le reconocía aptitud, y vinieron con ese refuerzo carros, coches y mulas de tiro. Desembarcados en Octubre los refuerzos enviados de Francia, la división Laurencez quedó al mando del general Douay, y con ella se formó la vanguardia del ejército.

El ministro Thouvenel había dirigido ya á los gobiernos de Inglaterra y España una nota explicando la actitud de la Francia en el asunto de México, y concluía diciendo: que si las dos potencias trataban directamente con Juárez, la Francia se consideraría desligada de las obligaciones que imponía la Convención de Londres; explicación que se consideró superflua después de la ruptura de las conferencias de Orizaba. Al movilizar grandes refuerzos para la expedición á México, ya se había declarado que Francia quedaba libre de las obligaciones que le imponía la alianza, destruida con las declaraciones hechas en Orizaba.

La noticia de la llegada de grandes refuerzos, atravesó en la República con

la celeridad del rayo y reanimó á los soldados franceses cuya moral se sentía muy afectada; entregáronse á sus favoritas diversiones de la música y el teatro, habiendo formado uno en Orizaba. Todas las tardes tocaba en la plaza de esa ciudad la música del 99 y la *fanfarra* de los zuavos, única que poseía el ejército expedicionario. Aunque era precaria la situación en que se encontraban, improvisaron el teatro en el mismo local del de la ciudad, con actores de vocación, sacados de los diversos batallones; los mismos soldados representaban el papel de mujer; entre las piezas que dieron á la escena, se distinguieron las de: "Le permission de dix heures," y "Michel et Christine;" se construyeron trajes y había pintores para las decoraciones, maquinistas, peluqueros y los demás agentes que necesita un teatro.

Los Estados mexicanos, aun los más remotos, se habían apresurado á enviar sus contingentes; en Orizaba habían visto la cara del enemigo los de Jalisco y Oaxaca; preparábanse ó iban en camino para la capital los de Nuevo-León y Coahuila, Chihuahua, Tamaulipas, Colima y Chiapas, que á principios de Julio estaban próximos á ingresar al cuartel general, donde se unieron á los contingentes de los Estados que, estando más próximos al teatro de la guerra, habían acudido presurosos á la cita que les diera el gobierno, en tanto que otros tuvieron que caminar más de quinientas leguas. Al general Porfirio Díaz se le mandó que marchara á unirse con la División del general La Llave con toda su brigada, y que tomara el mando en jefe después de situarse en el Chiquihuite, con objeto de cortar las comunicaciones entre Veracruz y Orizaba. El nombramiento se consideró muy acertado entre los republicanos, pues aquella fuerza iba á hostilizar un flanco de los franceses.

A excepción de Tabasco, Campeche y Yucatán, que tenían litorales que defender, ningún otro Estado llegó á quedarse sin representación en el Oriente de la República, cada uno según los elementos de que podía disponer, y fué la vez primera en que de hecho se manifestó la Federación y se la vió moverse bajo una misma bandera. Tal situación se le ocultaba sin duda á Napoleón y aun al mismo Maximiliano, no obstante que éste envió á su consejero para que escrupulosamente estudiara lo que pasaba. Mientras Zaragoza tuvo el mando del ejército de Oriente, Vidaurri no envió tropas de Nuevo-León, no obstante que aparentaba hacer lo contrario; y aunque en el mes de Julio cumplía el último período de su gobierno, continuó en el poder por haber impedido que se verificaran las elecciones. El Sr. Juárez no quiso declarar aquel Estado en sitio y se dejó á Vidaurri imponer allá su voluntad.

Vidaurri se manifestaba cada día más disgustado porque el gobierno reprobó las órdenes dadas á las aduanas de Tamaulipas acerca del cobro de derechos, aunque le fué aprobado el reparto de treinta mil pesos, hecho entre las familias de Matamoros que más sufrieron en el asedio puesto por Carbajal. Las fuerzas que mandaba el general Capistrán, con el contingente de Nuevo-León y Coahuila, activaron sus disposiciones para dirigirse á México. Con el mayor aplomo se inmiscuía Vidaurri en asuntos judiciales y aun decretaba penas de muerte. En Nuevo-León